

ANGÉLICA
Y EL CONDE DE PEYRAC

Anne Golon

**ANGÉLICA
Y EL CONDE DE PEYRAC**

Traducción de Fleya de Ugalde



ediciones Pàmies

Título original: *Angélique; Mariage Toulousain*

Primera edición: febrero de 2008

Copyright © 2005 Les Editions du Refuge Lausanne

© de la traducción: Fleya de Ugalde at Editions du Refuge, 2007

© de esta edición: 2007, ediciones Pàmies

Carlos Alonso, editor

C/ Monteverde, 11

28042 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-09-6

Diseño de la cubierta: Sonia Verdú

Ilustración de cubierta: Iva Garo

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

ANGÉLICA Y EL CONDE DE
PEYRAC

TOMO 2

1656-1659

PRIMERA PARTE

LA PROMETIDA VENDIDA

CAPÍTULO 1

La carroza en la que se encontraba sentada entre la sirvienta Margot y el marqués d'Andijos estaba provista de cojines y fundas de una suntuosa tela, pero Angélica no podía apreciar estas comodidades, nuevas para ella.

En realidad, no había pegado ojo en toda la noche. Mucho tiempo después de la escena del granero, había permanecido sentada en su sitio en el banquete, y siguió respondiendo a los invitados que aún podían moverse y venían a felicitarla por el éxito de la fiesta o a despedirse de ella. Cuando por fin pudo retirarse al castillo, sólo fue para cambiarse de ropa, y no pudo tumbarse en una cama y descansar un poco. Se acercaba el momento de la partida.

Era costumbre que los recién casados escaparan para evitar las cencerradas del pueblo, y los caballeros del Sur habían emergido valientemente de sus sueños ebrios para montar en los caballos y convocar a su séquito para formar la caravana de vuelta.

Así pues, aún medio atontada por el escandaloso incidente que había provocado con Nicolas, Angélica subió a la carroza y se despidió de su familia, que se había presentado junto a las portezuelas cuando aún no había amanecido.

El carruaje tembló y chirrió al cruzar el puente levadizo, arrastrado por cuatro sólidos caballos, y cobró velocidad en la bruma que se arrastraba sobre la campiña oscura.

Angélica sabía que dejaba Monteloup para siempre, pero era incapaz de pensar en eso. Por momentos, un recuerdo hacía subir un rubor ardiente a sus mejillas. Por culpa de la vieja loca de tía Jeanne, Guillaume Lützen la había visto, a ella, a Angélica, revolcándose en el heno con un criado. Esta visión despertaba a la vez su vergüenza y su cólera.

Además, experimentaba un sentimiento casi doloroso de frustración y, sobre todo, de fracaso. Lo que había querido conseguir sometiéndose a ese deseo salvaje no había tenido lugar. Sería entregada virgen al horrible esposo que le había sido impuesto. Su resentimiento hacia la tía Jeanne no la abandonaba.

¡La vieja loca perversa! ¡Había calculado bien la jugada!

Cuando amaneció, Angélica comprendió el acontecimiento que estaba viviendo.

Se iba. ¡Se iba! Dejaba Monteloup para siempre.

Pero aún estaba en su tierra. Cuatro carrozas y dos pesados coches circulaban en dirección a Niort. A Angélica se le hacía difícil creer que ese despliegue de caballos y postillones, de gritos y chirridos de ejes, tenía lugar en su honor. Tanta polvareda levantada en honor de la señorita de Sancé, que jamás había conocido otra escolta que la de un viejo mercenario armado con una pica, era inimaginable.

Los domésticos, lacayos, criados y músicos se amontonaban en los grandes coches con los equipajes. Al sol del camino, entre los huertos florecidos, se veía pasar esa comitiva de caras bronceadas. Sus risas, canciones y rasgueo de guitarras dejaban tras de sí, entre olor a estiércol de caballo, un aroma de despreocupación. Los hijos del Sur volvían a su Midi centelleante, perfumado de ajo y vino.

Clément Tonnel era el único de tan alegre compañía que fingía un gesto envarado. Le habían contratado para la semana

de bodas, y había rogado que le volvieran a llevar a Niort, lo que evitaba pagarle una escolta. Pero la misma noche de esta primera etapa fue a buscar a Angélica. Le ofreció quedarse a su servicio, como mayordomo o ayuda de cámara.

Le explicó que había servido en París en casa de algunos señores, cuyos nombres dio. Sin embargo, al volver a Niort, de donde era originario, para arreglar los papeles del testamento de su padre, que era carnicero, se encontró con que su último puesto de trabajo había sido ocupado por un criado intrigante. Desde entonces, buscaba una casa honrada y de cierto rango, para ejercer en ella de nuevo sus funciones. Con su apariencia discreta y su buen hacer, Clément se había ganado a la sirvienta Marguerite. Ésta afirmó que un nuevo criado, con tan buen estilo, sería acogido con gran agrado en el palacio de Toulouse. El señor conde se rodeaba de gente demasiado diversa y de todos los colores, que no cumplía convenientemente con sus tareas. Todos vagueaban bajo el sol, y el más perezoso de todos era el intendente encargado de dirigirlos, Alfonso.

Angélica contrató pues a maese Clément. Éste la intimidaba sin que supiera el porqué, pero le agradecía que hablara como todo el mundo, es decir, sin ese insoportable acento que empezaba a exasperarla. Al final, sería ese hombre frío, flexible, casi demasiado servil en su respeto y sus atenciones, ese criado desconocido hasta el día de ayer, quien la haría recordar su tierra en su lejano exilio.

En Niort, donde se detuvieron dos días para reunir todos los pertrechos necesarios para un largo viaje, Angélica vio cómo se cargaban de nuevo unas barricas de vinos selectos, provenientes del famoso almacén alquilado en los mismos muelles de la Sèvre-Niortais. Las izaron sobre una carreta, jaladas por dos fuertes caballos del país, de esa raza de tordos grises llamada potevina, cuyos méritos había elogiado Molines tiempo atrás.

Les vio adoptar un trote pesado y bien marcado por la carretera que habían seguido la víspera antes de alcanzar Niort.

«Para consolar a vuestra familia», le recordó el marqués de Andijos, más entusiasta que nunca.

Al tomar conciencia de que las barricadas volvían hacia Monteloup, donde los invitados del castillo y la vecindad seguirían riendo y bebiendo a su salud, Angélica comprendió que el lazo que la unía a los suyos se había roto para siempre.

¿Había abrazado siquiera a su padre entre las siluetas indecisas que se habían presentado en el último momento? Y lo que más la desgarraba de esa ruptura era que se había ido enfadada con todo el mundo. O más bien al contrario. Por una increíble injusticia, todos se habían enfadado con ella: la nodriza, cuyas siniestras advertencias se había negado a escuchar hasta el final, el viejo Lützen, más indignado aún de lo que lo habría estado su propio padre si se hubiera enterado del escándalo que habría podido dar al traste con todas sus esperanzas. «¡Angélica, tú no fuiste jamás como los demás!», habría dicho.

¿Y Pulchérie? ¿Y los niños? ¿Los había besado?

De ahora en adelante, estaba sola.

Marguerite y las sirvientas no la dejaban, siempre a su lado, previendo sus menores deseos, y cada cual se apresuraba a distraerla o a informarla, pero había perdido para siempre Monteloup.

Al verla sombría, de pie al borde del muelle, mirando las barcas de fondo plano de las marismas que atracaban tras haber remontado el río, el marqués de Andijos, atento por adelantarse a sus deseos, sugirió que quizá le hubiera agradado volver a las regiones meridionales navegando, como le había explicado que se hacía para transportar las mercancías delicadas. ¡Y Dios sabía que escoltarla a ella, la condesa de Peyrac, hasta la lejana región de Toulouse, exigía rodearse de todas las comodidades posibles!

Pero, para el viaje de vuelta por mar, se presentaban dos obstáculos.

En primer lugar, más allá de las costas de la Saintonge y la región de Burdeos, los navegantes debían enfrentarse al golfo de Vizcaya, famoso por sus tormentas. En cuanto al peligro que representaban los piratas berberiscos de Argel o de la costa marroquí, si una carga de licores, vinos o alcoholes, apenas los atraía, ya que su religión les prohibía consumirlos, por el contrario, no sucedería lo mismo con la captura de una joven cuya reputación de belleza comenzaba a flotar sobre las alas del viento.

Por esta razón el conde de Peyrac había insistido en que volvieran por tierra, por más destrozados que estuvieran los caminos de un país en el que los ejércitos no habían dejado de transitar durante años, y por donde aún se desplazaban. Apenas si se habían calmado los sobresaltos de la Fronda.

—Pero estamos bien armados y sabemos combatir —afirmó Andijos—, temiendo haber preocupado a Angélica.

Ésta se dignó sonreír, sin creer demasiado en tales pretextos. En efecto, en lo que a ella se refería, habría preferido ese modo de transporte. Le hubiera gustado descender «su» río a través de «sus» pantanos, y luego descubrir el mar, que nunca había visto, y subir a bordo de un buque que hinchara sus velas. Había en esa imagen una impresión de fuga.

No podía evitar pensar que sucedería algo que le permitiría escapar de su destino.

Sin embargo, llegó el día en que tuvo que volver a ocupar su lugar en la carroza, y el convoy se puso en marcha, con el refuerzo de cuatro jinetes armados con lanzas, reclutados para desalentar los posibles malos encuentros.

En cuanto abandonaron Niort, la capital de los pantanos del Poitou, con su pesado torreón, negro como el carbón, el séquito de madame de Peyrac se dirigió hacia las luminosas tierras del Sur.

Las carreteras no resultaron tan llenas de baches y de polvo como se esperaba.

Los caballos, relevados con frecuencia, iban a buen paso y parecían contentos de conducir a un grupo que se anunciaba desde lejos al son de trompetas y que atraía saludos y aclamaciones a su paso. Cuando iban más despacio o paraban, los músicos colocados en lo alto de uno de los carruajes empezaban un pequeño concierto, y las charlas menudeaban también entre la población y los miembros de la comitiva.

Angélica no podía escapar de ello. Esa realidad tenía un propósito.

Esas galopadas, esos burgos y pueblos que atravesaban tenían una finalidad. ¡La de llevarla ante un marido que se llamaba conde de Peyrac, que era feo y cojo, y que fabricaba filtros mágicos!

Le sucedía que, a veces, se quedaba dormida, y entonces volvía a ver esa llave de oro que abría una habitación que contenía los cadáveres de varias mujeres enloquecidas antes de morir por la magia de un demonio familiar. Cuando se despertaba, la determinación de rechazar el destino hacia el que la arrastraban se fortalecía en su interior. Eso no ocurriría. Sucedería algo.

Cierto día, al final de la mañana, el convoy hizo alto en un cruce por una vez desierto, se colocó en círculo y todo el mundo se apeó. El paisaje había cambiado. En todas direcciones, no se veían más que rodrigones y cepas de viñas.

—Lástima —dijo alguien— que la temporada no nos permita probar algunas uvas aún frescas de rocío.

—¡Alto ahí! —exclamó Andijos—. No olvides que, en este país, la viña es sagrada, y que todo racimo robado se paga con una oreja cortada.

En la lejanía se distinguían los campanarios de una ciudad. ¡Burdeos!

Un lacayo trajo un sillón plegable de tapicería y lo instaló a la sombra de un gran árbol que proyectaba una sombra bienhechora sobre el cruce de caminos que destellaba al sol.

—Tomad asiento, señora.

Pero Angélica no tenía ganas de sentarse. Intentaba comprender la discusión entre Andijos y sus amigos, ya que entre ellos no hablaban más que su lengua propia del Midi.

—Señora, debemos ir hasta la ciudad —le dijo Andijos—. ¡Tened paciencia! Puede que nuestras negociaciones con las autoridades nos lleven algunas horas.

Formaron un grupo de jinetes, protegidos por dos o tres arqueros, y se alejaron.

Angélica iba y venía, aliviada por la oportunidad de desentumecer las piernas, de reflexionar y, casi, de pensar en otra cosa. Aunque le rondó la idea de que podría saltar sobre un caballo y huir, la descartó. El cortejo era numeroso. Todos, criados, postillones y militares le demostraban una atención deferente, pero la mayoría disponía de monturas y no tardarían mucho en alcanzarla. Comprendió también que ninguno de ellos entendería su conducta. Se escandalizarían, se asustarían. La tomarían por loca. Las cosas no debían suceder así. Tenía que haber una solución.

Iba y venía, mirando de vez en cuando hacia la ciudad
¡Burdeos! Algunos recuerdos le volvían a la memoria.

En su convento de las Ursulinas, a veces, a lo largo del año, la abadesa recibía a caballeros. En su mayoría, eran parientes suyos, que venían a traerle noticias de personajes notables y a tenerla al corriente de lo que sucedía fuera de las paredes tras las que las monjas y sus jóvenes pensionistas vivían una existencia protegida, lejos del mundanal ruido y de las batallas.

Tras estas visitas, la abadesa reunía a las mayores. Consideraba que esas jóvenes destinadas a casarse —y que Dios les concediera tal gracia— con grandes familias de Francia, debían estar informadas de los acontecimientos en los que sus futuros maridos se hallaban, sin ninguna duda, implicados. Y cuanto más alcurnia tenía el apellido, mayor era el estruendo de las armas, y también lo serían las intrigas políticas y las traiciones

imperdonables, que corrían el riesgo de convertirse en el telón de fondo de unas bodas que siempre se soñaban libres de obstáculos, tranquilizadoras en lo financiero y —¿ por qué no?— celebradas en presencia del Rey. Era de justicia reconocer que la abadesa no aprobaba los desórdenes de la Fronda.

El Rey era el ungido del Señor.

Y más que ningún otro ese niño coronado, Luis XIV, tan esperado por su pueblo que le llamaban Dieudonné, Deodato.

Para la abadesa, todos aquéllos, fueran príncipes, parlamentarios o populacho, que habían querido disputarle su trono, merecían el Infierno.

Pero había que considerar que de todas esas guerras y masacres surgirían para estas jóvenes nobles unos maridos. Algunos habrían cosechado sus laureles en el campo equivocado, lo que podría acarrear desgracias para su vida futura. Más valía estar prevenidas. Aún no estaba todo decidido. Así que las pensionistas del convento de las Ursulinas habían sabido del rosario de poblaciones rebeldes, entre las cuales, en varias ocasiones, se encontraba Burdeos.

Inglesa durante mucho tiempo, Burdeos era una ciudad que deseaba ser soberana. Sus enfrentamientos con el poder eran numerosos; algunos se remontaban apenas a una década atrás.

El reyecito de doce años había llorado bajo las murallas de Burdeos, donde se habían refugiado Condé y su hermano Conti, y desde donde llovían los cañonazos. Había comentado a uno de sus «mesnins», sus «meninos», que le había sorprendido secándose las lágrimas: «¡Algún día tendremos que cobrarle a esos insolentes!»

Angélica terminó por sentarse en el sillón y aceptó beber una limonada maravillosamente helada. Su mirada no se apartaba de la silueta de la ciudad, más allá de los viñedos, difuminada por la reverberación de la luz.

También era en Burdeos donde se había refugiado Anne-Geneviève de Longueville, la amante de los hermanos Condé,

que los había arrastrado a alzarse contra el Rey, la Reina madre y su Mazarino.

Angélica sonrió ante este recuerdo agradable: la visita del marqués de Plessis-Bellière y sus relatos extravagantes. Había hablado de la consejera de ojos turquesa de la Fronda, la duquesa de Longueville, la que había hecho que el pueblo parisino la aclamara, al presentar en la escalinata del ayuntamiento al bebé que acababa de nacer allí y cuyos padrinos eran los regidores de la capital, por lo que llevaba el nombre de Charles-Paris.

Más tarde, refugiada en Burdeos ella también, rodeada de los miembros del parlamento rebelde, a quienes debía ganar para su causa, la princesa había pedido que se le enviara la octava parte de la novela «Polexandre» que había oído que se había publicado en París, a pesar de las convulsiones de la guerra civil.

No sería mala cosa ser prisionera de los bordeleses por un tiempo.

Las horas pasaban, la espera se eternizaba. El sol se ponía.

Una nube de polvo anunció la vuelta de los jinetes. Angélica se incorporó, lista para saludar a los regidores de Burdeos, ciudad libre. Pero sólo se trataba de Andijos y sus compañeros. Echaron pie a tierra dándose alegres empujones. «Lo hemos conseguido». Poco después, dos carros cubiertos tirados por mulas hicieron su aparición. Hubo trasvase de barricas y toneletes de un aguardiente muy apreciado, de Armagnac, que habían obtenido como regalo, puesto que se trataba del matrimonio del conde de Peyrac. ¡Desde luego, esta gente no era seria!

Angélica experimentó una amarga decepción. Se daba cuenta de que, durante las horas de espera, había mantenido la esperanza de que los bordeleses la capturaran. Lo que lo habría arreglado todo... ¡Al menos, durante cierto tiempo! Nadie podría acusarle de no haber mantenido la promesa que había hecho al intendente Molines para salvar a su familia, de casarse con ese conde de Peyrac.

Ahora parecía que nada podría evitar el desenlace de este viaje que la llevaba irremisiblemente hacia ese personaje espantoso, a cuyo poder iba a ser entregada.

La parada que hicieron al anochecer en un pequeño castillo en el que no se les esperaba, pero donde fueron recibidos con gran solicitud, no la reconfortó, aunque se esforzó en poner buena cara a los anfitriones que la acogieron lo mejor que pudieron. Durante la cena, sus acompañantes contaron con gran detalle las peripecias de las gestiones que habían realizado para arrancar a los bordeleses los tesoros vitícolas de seis hermosas barricas de vino y dos toneletes de aguardiente de Armagnac, lo que explicaba por qué se presentaban a esa hora tardía, ya que no habían podido cubrir el recorrido previsto, al estar cansada la señora de Peyrac.

Pero el barón de Braide y su mujer, hidalgos apacibles, y al parecer poco acostumbrados a las distracciones mundanas, se felicitaban de su llegada. Era una pareja aún joven, que tendría seguramente algunos niños ya dormidos en los grandes lechos de los pisos superiores.

Se habló de cepas y de vinos, se probaron platos de salsas perfumadas con diferentes hierbas: ajedrea, tomillo y albahaca, con que aderezaban las liebres y las aves acuáticas.

A pesar de que se mostraban muy corteses y de que participaban de la alegría general, los castellanos manifestaron hacia Angélica una cierta timidez, que la convenció de que la observaban de vez en cuando con perplejidad, y quizá con algo de piedad. El marqués de Andijos, que se dio cuenta de su actitud, le comentó en privado, mientras le besaba la mano en el umbral de la habitación que le habían preparado:

—La noticia del matrimonio del conde de Peyrac ya ha puesto en danza a toda la provincia. ¡Daos cuenta! ¡El señor y la señora de Braide habrán sido los primeros en veros!... ¡Vuestra belleza los ha deslumbrado! Y ahora comprenden. Ya que nadie esperaba eso de tal personaje. ¡El matrimonio! ¡ÉL! Todo

el mundo se preguntaba por las razones que lo empujaban a este gesto definitivo. ¡Pero ahora la razón es patente! Vuestra belleza.

Angélica tenía ganas de explicarse con él, de hablarle de la mina de Argentières y de que su belleza no tenía nada que ver en esa historia. Pero, de dar crédito a Andijos, la provincia estaba ya fascinada con una historia en la que ella desempeñaba un papel de leyenda.

Ya no podía escapar.

Ahora sí que tenía la impresión de sufrir un secuestro, un desgarró, de que la arrastraba ineluctablemente una fuerza contra la que su voluntad no podía hacer nada. Se sentía débil, cobarde, dominada.

Algo había cambiado.

Observó, durante las paradas, que la gente ya no hablaba francés.

—Es porque hemos cruzado la frontera —le dijo el marqués de Andijos, con toda la naturalidad del mundo.

Angélica le miró con inquietud.

¿Una frontera? ¿La llevaban a España? Molines no le había hablado de eso. Viendo su expresión, Andijos la tranquilizó.

—¡No temáis nada! ¡Seguimos aún en el Reino de Francia! Pero no es la misma Francia.

—¿Qué queréis decir? ¿Que el país sobre el que reina Luis XIV está partido en dos?

Andijos asintió.

¡Sí! ¡Había una frontera!

¡Sí, el país estaba cortado en dos! Y eso desde los primeros siglos de la era cristiana.

Angélica preguntó en qué puntos del reino estaba la frontera. «Es muy complicado», protestó el marqués. Pero Angélica insistió y le explicó que, durante sus estudios en las Ursulinas, había destacado por su afición por la ciencia geográfica. ¿Su negativa a informarla venía de que, en realidad, no sabía nada del

trazado de la tal frontera? Picado en su amor propio, el marqués se explicó, gesticulando mucho con los brazos, arriba y abajo.

Si se partía de un punto de la costa, un poco por debajo de La Rochelle, había que descender hacia el Lemosín y luego, tras haber trazado complicados rodeos a través de la Auvernia volcánica y el centro del reino de Francia, cruzar hacia el Este una esquina de Borgoña, desembocar en regiones aún mal sometidas, como las de los lagos y ciénagas de las Dombes de Bresse, hasta llegar a los alrededores de Helvecia, el país de los suizos...

¿Pero, en su opinión, qué separaba dicha frontera que cortaba Francia en dos, y que parecía haberse alzado de forma espontánea en tiempos muy antiguos? , preguntó Angélica.

El marqués volvió a tomar aliento y se lanzó de nuevo. Marcaba la separación entre dos lenguas. La lengua de oïl en el Norte y la lengua de oc en el Sur. Pero marcaba también una separación entre los derechos consuetudinarios que regían a ambos lados de esa frontera invisible, por alambicada y tortuosa que fuera.

El derecho civil, derivado del derecho romano establecido por el Imperio, para las provincias del Sur. El derecho oral, al Norte, impuesto por las invasiones bárbaras.

—Como podréis suponer, señora —concluyó el marqués riendo largo rato—, todo pleito entre ambas jurisdicciones del reino implica un conflicto. En el mejor de los casos, procesos que duran años y que se transmiten por herencia.

Parecía encontrarlo muy divertido.

Los franceses, de ambos lados, eran apasionados a la hora de defender sus respectivos derechos consuetudinarios. Contó algunas buenas historias de pleitos que habían durado generaciones.

Angélica se fijó sobre todo en ese hecho inquietante: había una frontera.

Y su familia estaba al otro lado.

La separación se acentuaba.

El paisaje cambiaba.

A medida que cruzaban regiones, la alineación de las laderas de viñedos alternaba con campos sembrados de altas espigas gruesas de un verde oscuro. Como un ejército en pie. Manchas de viñedos, manchas de campos plantados de esos palos verdes bien alineados. El sol lanzaba sobre ellos resplandores que brillaban como a través de rejillas. Los ojos se resentían bajo el lienzo de un cielo azul crudo.

—Es maíz —le dijo Andijos al notar su asombro ante esos cultivos desconocidos.

—¿Trigo de Indias? ¿Como en el Nuevo Mundo?

—Aquí lo llamamos mijo grande o mijo de España.

Siempre locuaz para elogiar las excelencias de su provincia, le informó de que, desde hacía más de medio siglo, el maíz se cultivaba desde Bayona hasta Toulouse, traído de España, donde sus Muy Católicas Majestades lo habían recibido de los conquistadores de América, junto con el tomate y algunas otras novedades.

—Este cereal es el mejor regalo del Nuevo Mundo al Viejo. Las gentes de Aquitania y el Languedoc lo han incorporado a su vida diaria, lo que les ha puesto a salvo de las crisis de subsistencia. Y sobre todo, los campesinos pueden vender más ventajosamente sus otros cereales, trigo o cebada, lo que los ha hecho más ricos.

Curiosamente, estas revelaciones sobre la economía rural acentuaron en Angélica la impresión de alejamiento. Así pues, sin tener que cruzar el océano, después de haber dejado atrás la barrera tupida y cerrada de su bosque del Poitou, había cruzado límites suficientes para familiarizarse con el Nuevo Mundo y probar sus frutos.

Mientras que «allá arriba» aún se quedaban con la boca abierta ante los relatos de un pajarero que hablaba del «trigo de Indias», aquí la relación con el lejano continente, las Américas, se había iniciado hacía tiempo.

El espíritu del Nuevo Mundo añadía seducción a estas regiones. ¡Más claridad! ¡Más riquezas! ¡El Sur!